

MODERNIDADES ECUATORIANAS: IRA, DESENCANTO Y ESPERANZA

Patricia Varas

En este artículo exploraremos a través de las novelas *Teoría del desencanto* (1985) de Raúl Pérez Torres y *El desencuentro* (1976) de Fernando Tinajero un momento crítico de la historia ecuatoriana durante la década de los 60 que estuvo marcado al comienzo por una búsqueda de una imaginación democratizadora y después por un desencanto¹ con las posibilidades de un cambio radical. Podemos ver, por la construcción de la ficción, cómo se articula la experiencia y se la transforma en una historia y tradición que ayudan a explicar la realidad ecuatoriana.

La década que nos proponemos analizar fue caracterizada por una reacción a un proceso de modernización producto de una modernidad que no alcanzó sus metas de desarrollo económico, ni de igualdad social, ni de democratización política. Por el contrario, el crecimiento económico impulsado por el petróleo llegó acompañado de las cuarta y quinta presidencias de José María Velasco Ibarra (el doctor Juan José Bestiales en *El desencuentro*) que terminaron ambas con golpes de Estado que llevaron a los militares al poder.

El reto de crear un marco referencial a una discusión sobre la modernidad en América Latina en general, y el Ecuador en particular, es de adoptar y rechazar con cautela modelos que pueden ser extraños a esas realidades pero no necesariamente alienantes. El crítico debe establecer claramente el lugar desde donde habla porque, como dice Achugar lúcidamente:

1. Weber quiere decir con desencanto el proceso de racionalización que reemplaza a las interpretaciones mágicas del mundo. La ciencia interpreta al mundo y los seres humanos se encuentran más solos que nunca: la solidaridad fraterna es imposible de alcanzar (428).

..., algunos [críticos] parten de la base de que el conocimiento y la problemática en el primer mundo tienen un desarrollo o una sofisticación que amenaza volver trivial o 'atrasada' la discusión o la problemática en nuestra periferia, asimilando el desarrollo tecnológico con la reflexión cultural. Por otro lado, se sospecha que la agenda teórica está generalmente formulada en esos centros con ignorancia y desprecio de nuestras problemáticas y por último, se aspira a discutir y reflexionar de igual a igual, periferia y centro. (El énfasis es mío, 28)

Discusiones recientes sobre la modernidad en América Latina han ayudado a entender procesos históricos y culturales importantes para la región.²

Weber nos dice que la modernidad es un proceso de secularización.³ Con ella, la sociedad se organiza racionalmente en esferas autónomas de valores como la ética, el arte, la ciencia y la religión. Los seres humanos y sus actividades se compartimentalizan y, por esto, necesitan de un aparato burocrático para organizar su nuevo mundo social. Estos cambios son promovidos por el capitalismo y su concomitante necesidad de eficiencia. La verdad, la belleza y la moral dejan de ser sinónimos y la persona se siente alienada («desencantada») en un mundo sin sentido.

Weber subraya la importancia de la secularización y de las personas para definir la sociedad y su organización. Sin embargo, hay una clara desarticulación que nos desvía de la teoría weberiana y que lleva a George Yúdice a decir:

- Recordemos que hay varias modernidades [en América Latina]..., de que no
- hay un solo modelo ni un solo sujeto que determinan el decurso de la historia. Recordemos también que en América Latina no se impuso la modernidad según el modelo weberiano y que lo probable sea la imposibilidad de su reproducción. (118)

La razón principal de esta imposibilidad de su reproducción es que el período histórico de la modernidad requiere de una compartimentalización y de una racionalidad imposibles de lograr en Latinoamérica por su heterogeneidad. Como escribe Yúdice:

Es evidente, pues, que en las sociedades de América Latina no se produjo una decisiva autonomía de las esferas de valor, es decir, no se institucionalizaron independientemente de factores políticos o, inclusive, religiosos. (119)

2. Algunos de los estudiosos que han hecho camino en esta área son Beatriz Sarlo, Hugo Achugar, Néstor García Canclini, George Yúdice, entre otros.
3. Las ideas de Weber que discutimos provienen principalmente de *Economía y sociedad* (México: Fondo de Cultura Económica, 1984). Es interesante ver que él fue traducido al español en México antes de que lo fuera en los Estados Unidos (Calderón, 6).

De ahí que, cuando hablamos de modernidad, nos referimos a un proceso social e histórico específico caracterizado por sus respuestas diversas a la intervención capitalista o modernización en Latinoamérica. Es imposible hablar de una modernidad; debemos hablar de *modernidades* porque ha habido «varias maneras de encarar los modos de implantación y transformación del capitalismo, el cual proporciona los términos en que se definen las modernidades» (Yúdice, 111).

La etapa modernizadora que estudiamos aquí ocurre durante la década de los 60 cuando aparece un «nuevo» desarrollo capitalista acompañado de una reacción política que estudiaremos con detenimiento. Los que proponen la «nueva» modernización, sostienen que los nuevos modos de producción van a aumentar la productividad y a mejorar los patrones sociales de consumo junto al actuar de los gobiernos.⁴ De esta observación ocurren dos paradojas que conforman la modernidad latinoamericana en un híbrido por demás interesante. Primero, Habermas ha indicado que la modernidad es un proyecto incompleto (3-15) y esto es aún más verdad en América Latina. Segundo, implícito en el proyecto económico modernizador, en la región se encuentra la idea de que como consecuencia una democracia electoral guiará racionalmente a las masas. En resumidas cuentas, la política reflejará a la sociedad racional; cosa que no ocurrió en el Ecuador.

En el Ecuador estas paradojas se convirtieron en una irónica tragedia porque la política no pudo organizar y expresar los deseos de la izquierda.⁵ Se llega a una desesperanzadora conclusión, una que Octavio Paz, por ejemplo, sostiene y que representa mejor al neoconservadurismo: no hay un sentido de futuro, solo de presente. Unos críticos responden que hay elementos positivos de esta recuperación del presente porque los individuos no podrán escapar los problemas al proyectarse en concepciones futuristas. La recuperación y revalorización del presente nos fuerza a abrirnos a sus tensiones y contradicciones existentes (Lechner, 50). Y aún otros críticos, como Yúdice, creen que la fal-

4. La Comisión Económica para América Latina (CEPAL) en su reporte de 1985, «Crisis y desarrollo: presente y futuro de América Latina y el Caribe», mantiene que: «el proceso de modernización es un modo contemporáneo de cambio social, de validez general y que se extiende a todo el planeta. Supone un crecimiento económico autosostenido, la plena disponibilidad de los recursos naturales, la difusión de normas racionales y seculares de la cultura, la libertad y el incremento de la movilidad social y las correspondientes transformaciones actitudinales». (Brunner, 31)
5. Para efectos de este ensayo usamos una amplia definición de la izquierda como lo hace Jorge Castañeda en su libro *Utopía Unarmed* (Nueva York: Vintage Books, 1994). Así, la izquierda no es solo los partidos organizados sino los grupos de base como las comunidades eclesiales de base, los grupos de mujeres, ecologistas e indígenas y «la izquierda intelectual» (20) de la cual nuestros personajes estudiantiles formaban parte.

ta de un futuro es la fuente de una crisis: ya no existe una utopía por la cual luchar.

Sin embargo, hay la necesidad de rearticular la esperanza por lo que García Canclini llama la «refuncionalización cultural» (31-32). Es por medio de esta resistencia cultural que nuevos horizontes se abren para la región. Para el Ecuador esta búsqueda ha sido larga:

mientras que las clases dominantes, extremadamente alienadas, copian, imitan y tratan de reproducir la cultura de la grande metrópolis imperialista, la gente crea y recrea su cultura, creando la base para una cultura vigorosa nacional, la cual en parte ya es un logro y en parte un quehacer que está aún por ser completado en el futuro. (Núñez, 170)

La articulación de la cultura está en movimiento continuo, activamente buscando un consenso fuera de la esfera tradicional del Estado.

Debido a esta «rearticulación cultural» veremos que las dos novelas que estudiamos son particularmente representativas de este período y que lo deconstruyen con un realismo que refuerza la idea que la literatura es una expresión histórica y una interpretación del mundo, y que en el Ecuador —América Latina en general— el campo cultural aún refleja el socio-político.⁶

La fragmentación y autoconciencia narrativa de ambas novelas las hace difícil de resumir. *El desencuentro* plantea los avatares de una generación frustrada por un idealismo que no puede asumirse debido al fracaso del plan revolucionario en el Ecuador, así como por los orígenes mismos de los personajes que les hacen difícil el franco compromiso político. La novela está construida como un diario en donde las voces de varios personajes toman el control de la narrativa, si bien es Enrique el novelador u organizador de las historias por medio de su alter ego Miranda. *El desencuentro* comienza un jueves, 24 de marzo y termina en «un día cualquiera, en cualquier tiempo» (267). Al final de cada capítulo se oye la voz «del Coronel», quien muere en un viaje a Guayaquil y cuyas palabras sirven como coda. El Coronel, irónicamente, logra articular desde su tumba la vacuidad del mundo en que les ha tocado vivir y actuar al resto de los personajes.

6. Homi Bhabha explica claramente este acercamiento socio-político de la literatura de la periferia: «There is, however, another way of raising the issue of the representation of the colonial subject which questions the collusion between historicism and realism. It proposes that the category of literature, as of its history, is necessary and thoroughly mediated: that its reality is not given but produced; its meaning transformative, historical and relational rather than revelatory; its continuity and coherence underscored by division and difference. This other view demands quite another notion of the historical inscription of literature and entails a critique of representation as simply given.» (96)

En *Teoría del desencanto* encontramos un esfuerzo por darle sentido a un período histórico que parecía no tenerlo. Nuevamente, se impone un tono testimonial de unos años perdidos. El narrador, Manolo, es también un escritor, y desde el comienzo leemos sobre su dificultad de escribir y de lo que necesita para exorcizar las palabras que empezarán a fluir, llenando la página blanca: «necesito un escritorio grande y una silla blanda, papel blanco que no tenga arrugas, que no tenga manchas, necesito tres palabras, necesito...» (11). Sin embargo, Manolo siente que su esfuerzo de captar la realidad en movimiento es fútil y no encuentra apoyo en sus amigos, quienes no ven el sentido de su labor y le dicen:

Déjate de joder Manolo, no pienses tanto, te vas a volver amarillo y los escritores amarillos son los más asquerosos de leer, no son escritores sino masturbadores, no pienses, escribí como los surrealistas, o como Keruac... (26)

Manolo, al contrario de los modelos que le sugieren sus amigos, quiere una infraestructura que le dé un orden a sus memorias, a sus recuerdos y no simplemente zurcir los retazos de las experiencias de sus compañeros y amantes como le había sugerido el Fico: «¿Por qué no escribes una novela con nuestros retazos, Manuelito?» (30). Porque la vida de Manolo es caótica surge su necesidad de ordenar su experiencia y de convertir *Teoría del desencanto* en la novela que articula los triunfos de un grupo estudiantil, su caída en la desesperación y su disolución. La novela se escribirá lenta y dolorosamente como por sí misma, mientras que Manolo se enamora de Daniela, le es infiel a Laura, ve a su madre y amigo morir y trata de vivir la vida al máximo en una manera existencialista. Esta lucha por darle un sentido al pasado y al presente hacen que el narrador tome una autoridad que guía a la novela de manera menos fragmentada que en *El desencuentro*.

Enrique y Manolo nos dan testimonio de la lucha que se lleva a cabo durante los años 60 de tratar de dar significado a la vida por una política revolucionaria. Como dice Brunner, parafraseando a Lechner:

la amenaza de disolución y de atomización del orden social que trajo consigo la modernización (secularismo y marginalización) promovió e incentivó la 'inflación ideológica' en la América Latina de los años 60, favoreciendo el revolucionarismo como propuesta de liberación nacional, de integración social y de desarrollo económico frente al 'desarrollo del subdesarrollo' capitalista. (37)

Es más, la política adquirió un estilo mesiánico, antisecularista. En el Ecuador, los actores principales de este mesianismo político fueron los estudiantes universitarios caracterizados al comienzo por una gran ira que fue seguida por una desesperanza. Esta ira fue canalizada por medio de un movi-

miento armado que reaccionó contra el dogmatismo del Partido Comunista Ecuatoriano y que se inspiró en la Revolución Cubana.⁷ Como señala Tinajero, la Revolución Cubana concretizó la utopía de la izquierda, representó lo que hasta entonces habían sido meros sueños revolucionarios (*De la evasión*, 73). Más tarde, con el fracaso de la instauración de sus sueños revolucionarios y su orfandad del Partido, los estudiantes expresaron su desencanto adoptando un discurso más crítico y analítico que los distanció de la espontaneidad de los movimientos de los 60, acercándolos al sistema burgués que tanto habían odiado.⁸

Los personajes de estas dos novelas son principalmente estudiantes universitarios que están cansados hasta la náusea de sus familias, sociedad y amantes; y buscan un nuevo significado a través de la participación política. Este activismo político se da junto a un estilo de vida bohemio donde el exceso es la norma: hay demasiada charla, lectura e ingenio, drogas, alcohol y sexo. Todos están impregnados por un sentimiento de soledad y desesperación que encuentra solaz en la izquierda y en la acción revolucionaria. Al mismo tiempo, sin embargo, son expulsados del Partido Comunista, lo que les deja con un gran sentido de orfandad. En *Teoría del desencanto* Fico le confía a Manolo después de su expulsión: «es como si me hubiera quedado huérfano, hermanito, otra vez huérfano, la verdadera orfandad es la orfandad del Partido» (29).

Este sentimiento de orfandad es la manifestación del desencanto; un desencanto no con la modernidad sino con una forma de hacer política que sim-

7. El movimiento estudiantil comienza a organizarse ya desde 1907. Estuvo influenciado por el Movimiento de Reforma Universitaria de Córdoba, Argentina, en 1918. Los estudiantes exigían autonomía, gobierno compartido y libertad de enseñanza. Concomitante a estas demandas la influencia de la iglesia católica disminuyó. La Federación de Estudiantes Universitarios del Ecuador (FEUE), desde 1944, es la organización que representa a los estudiantes a través del país. Esta organización se politizó cada vez más y los estudiantes sintieron después de la Revolución Cubana que la universidad se había convertido en la «conciencia social de la nación» (Pérez Guerrero, 41). Los estudiantes asumieron el rol de vanguardia y desarrollaron vínculos con los Partidos Socialista y Comunista. Durante 1966-1967 la influencia de estos partidos fue cuestionada. Influenciados por Mao, Debray y el Che, los estudiantes abandonaron las tesis tradicionales marxistas para promover la acción revolucionaria y la agitación permanente como las formas para destruir al Estado burgués. La escisión del Partido Comunista y la fundación del Partido Comunista Marxista Leninista (PCML) apoyaron aún más el abandono de los estudiantes del Partido Comunista Ecuatoriano (Hurtado, 286).
8. Fernando Tinajero resume el desencanto que se vivió en el Ecuador de la siguiente manera: «... en los diez años siguientes [los 70] —los años del petróleo— la producción cultural, verdaderamente rica en algunas de sus vertientes, expresó el desencanto causado por la pérdida de las metas tanto tiempo buscadas. La riqueza de ese desencanto se explica por haberse nutrido con la reflexión sobre las experiencias de la insurgencia frustrada, que ha llevado al desencanto por los cauces de una penetración profunda en los trasfondos de la conciencia y de la historia» (105).

plemente no responde a las necesidades del momento porque no articula las esperanzas y deseos de una mayoría excluida. Calderón resume el período de esta manera:

Escribir de los '60, para alguien de los '60, es escribir sobre la nada y sobre alquimia, trapecios y horizontes utópicos infinitos e inconmensurables. Fueron años de una esquizofrenia trágica y lúcida. A pesar de la adscripción a ideologías plenamente iluministas o neoiluministas, incluso marcusianas, la tónica fue no creer en nada salvo en lo que se vivía, y tratar que eso se prolongase en el tiempo. Por lo menos esto pasó con los estudiantes y guerrilleros, mientras la sociedad, salvo algunos casos, quedó huérfana y solitaria. (7)

Esta lucidez del grupo estudiantil se refleja en los individuos y en el grupo mismo que van reflexionando sobre las luchas intestinas e internacionales del Partido y las condiciones del país. Al comienzo, Enrique desea refugiarse en su escritura «y quería irse a Europa a escribir novelas» (68), pero luego toma una conciencia de su posición de *intelligentsia*, del «mito de los intelectuales de izquierda» (288) y entra a una «romántica aventura» (289) clandestina junto con Fabián y los otros compañeros. Una vez que los personajes saben que el «doctor Juan José Bestiales» va a retornar y ven las alianzas entre éste y el Partido se producen las escisiones en la izquierda. En *El desencuentro* se ve una reacción iconoclasta contra Marx y Lenin y contra las «Palabras» porque lo que se busca es la acción (66). Como le dice Enrique al ideólogo Alfredo:

Mira —le dijo—; está bien que tú creas a pie juntillas en todo lo que dicen tus textos de marxismo y que hayas renegado del Heidegger de tus viejos desvelos. Pero no trates de vencerme. Pensando como pienso, puedo aún ser más efectivo que tú para la revolución, porque tú te quedas en las palabras mientras yo busco los actos. Los actos, ¿entiendes?, porque los actos me sirven para acallar la angustia. (303)

En *Teoría del desencanto* el camino que recorren los personajes se expone sumariamente al comienzo de la novela. Con la Revolución Cubana se inicia «la década heroica» pero con el pasar del tiempo la crítica de los «viejos escritores» los deja sin brújula en su lucha política y deben empezar de cero, «renegando de todo, inclusive de nuestra vida pasada y nos hicimos terroristas, militantes de un Partido que nos miraba con gran preocupación y que empezaba a resquebrajarse como una cáscara de huevo» (17).

El devenir de estos jóvenes idealistas es doloroso y en nada singular. Estos estudiantes que encuentran expresión a sus deseos de cambio en el Partido, en las lecturas filosóficas, literarias y políticas se van alejando de estas formas de expresión. El Partido se ha ido resquebrajando en sus contradicciones y en un

oportunismo político, mientras que las lecturas ya no articulan el cambio porque son solo «Palabras». Como consecuencia a sus experiencias intelectuales y políticas optan por la acción que se materializa en el terrorismo o en la guerrilla. Desgraciadamente, ésta tampoco será la respuesta; la guerrilla fracasa y los jóvenes y el país se quedan más huérfanos que antes: «la actitud, el gesto fue decayendo en cada uno, como si una lepra comiera y amputara de raíz nuestros grandes ideales que se fueron pudriendo entre los huesos de la inconsistencia y la desesperanza» (*Teoría del desencanto*, 18).

Pérez Torres y Tinajero escogen para representar al sujeto en la periferia la multiplicidad del punto de vista, el fluir de conciencia y la fragmentación que hace imposible al lector reconocer una autoridad narrativa. A pesar de que hay una trama a seguir, las novelas desarrollan una narrativa de un grupo, de una familia o de un período más que la de un solo individuo. Paradójicamente, a pesar de que es una búsqueda comunal ésta tiene marcos de referencia personales e individualistas. Lo que era aparentemente un gesto político se transformó en una búsqueda de la familia, del hogar. Esta postura individualista es una consecuencia de la modernidad y de su desencanto, y un reflejo de las lecturas que dominaban las discusiones de los estudiantes de ese período: Sartre, Eliot, Breton, Camus junto a la crisis de los 60 en el mundo, como se articula en *El desencuentro*:

Entonces decidimos abandonar el Partido. [...] con todas las implicaciones políticas que hay en ella, nuestra conducta fue más el corolario de una postura vital que la consecuencia de una concepción partidaria: en una palabra, jugábamos el destino de nuestra vida individual más que el porvenir de la Revolución. (298-299)

Inevitablemente, se intenta resolver esta situación de destitución por medio de una solución de esta tensión entre lo público y lo privado, refugiándose —según Berger— en el socialismo:

Modernization in contemporary Third World societies imposes this same dichotomization [of private and public life], and in most instances it is felt to be an extremely difficult and often repugnant ordeal, which gives birth to profound threats of anomie. Socialism presents itself as a solution to this problem. It promises to reintegrate the individual in all-embracing structures of solidarity. If modernization can be described as a spreading condition of homelessness, then socialism can be understood as the promise of a new home. (138)

La imposibilidad de darle sentido al presente, de obtener una respuesta suya a los jóvenes en un desencanto que les condena a una búsqueda que se caracteriza por el movimiento constante.

Este movimiento toma formas diferentes. En *Teoría del desencanto* es representado por un «flaneurismo». ⁹ Los personajes están constantemente caminando por la ciudad, a todas horas, descubriendo nuevos paisajes, viendo de manera diferente las cosas que conocen de memoria. En *El desencuentro* el movimiento está representado por una fragmentación estructural de voces y narrativas que están luchando por presentar una simultaneidad narrativa (Frank, 15). ¹⁰

El constante paseo por las calles y los cambios de punto de vista subrayan la necesidad de movimiento, de cambio, para poder darle sentido a lo que no lo tiene, para comprender las diversas perspectivas y construir así una imagen del presente. Hay en *El desencuentro* algunos personajes que creen en el progreso, en el futuro, en pertenecer al Partido o en el proceso revolucionario. Estos personajes como Fabián producen respeto y hasta una enorme nostalgia en los otros. Fabián encarna al revolucionario honesto, quien se hace huérfano no porque es expulsado, sino porque es él quien rompe con el Partido rechaza su corrupción y tratos con el gobierno.

Debido a que la narrativa del Partido como vanguardia que llevará a la liberación suena hueca, los personajes intentan crear su propia narrativa. ¹¹ Es por este motivo que ambas novelas son autoconscientes de su creación y escritura. La conciencia de la escritura, lo que Linda Hutcheon llama «narcissistic narrative» (1), exige un lector activo y suspicaz. La necesidad de este lector está ya prevista en el prólogo por Miranda: «Tendrás que arreglártelas, lector, con lo que quise decir y no te digo, lo que te digo sin querer, y lo que sin querer entenderás para mal tuyo» (10).

Sin embargo, el ambicioso trabajo que se le impone al lector de llenar los silencios, desmadejar las narrativas enredadas y laberínticas, devolviéndoles el sentido, se va revelando cada vez más imposible, hasta que al final de *El desencuentro* nos damos cuenta de que es simplemente una ilusión, como indica Miranda:

9. Este término proviene de la palabra «flâneur», el dandy que caminaba las calles parisien- ses en el siglo XIX.
10. Porque la narrativa tiene una característica lineal, el lector debe leer oración por oración, siguiendo un orden sintagmático. La secuencia temporal se rompe con la fragmentación, la cual permite al lector relacionar varios eventos yuxtapuestos que ocurren al mismo tiempo. El patrón espacial, sintagmático de la lectura está reemplazado por una nueva simultaneidad. Frank llama a esto la «espacialización de la forma» (15).
11. Como dice el Coronel al final de *El desencuentro*: «Es un círculo hueco [la vida] de cuya consistencia no me cabe dudar porque a partir de ahora y para siempre tendré que acost- umbrarme a pensar que todo es hueco, que todo en este mundo de la quietud es un va- cío, un inmenso vacío que hasta me va vaciando de yohueso, de yomédula, de yoinmagi- nación y de yopolvo. Un vacío en el que todo está hueco, hasta el todo-está-hueco». (356)

¡Qué ocurrencia! Supongo que fue el aburrimiento lo que me llevó a proyectar una novela, valiéndome de este Enrique siempre torpe que acaba de desdibujarse en mi presencia. Supongo también que fue la soledad la que me indujo a retomar este proyecto, no tanto para cumplirlo cuanto para crearme alrededor una sociedad que me hiciera más aceptable esta espera en que estoy metido sin saber lo que espero. (348)

En *El desencuentro* Enrique vive y vuelve a vivir en un mundo de fábulas hasta el punto en que «esas ficciones se nos metieron tan adentro que casi vivíamos dos vidas paralelas, hasta el punto de no saber después cuál era la real y cuál la imaginaria» (21). Esta urgencia de narrar y construir un mundo lleva a que los personajes hablen incesantemente y que Enrique, como le confiesa a Magdalena, quiera escribir una novela: «me atreví a confesarle que quería escribir una novela con esos recuerdos» (25).

El sentimiento de ser incompleto es real porque la realidad de los personajes es inacabada. La imposibilidad de hablar de un Yo claro, concreto, bien desarrollado (en el sentido psicológico) se hace patente en la última página de la novela:

Poco a poco yohueso voy quedándome sin yocarne, sin yovenas, sin yoentrañas, en nada. Esto es lo que nunca había imaginado: entre gusano y pestilencia, la pobre vida que se vive se nos va de repente, y es como un comenzar de otra cosa, como un recomenzar más bien, como un círculo que vuelve y nos marea. (356)

Este mismo sentido de vacío y desesperanza se encuentra en las palabras de Manolo, quien reflexiona: «¿Qué nos pasó a todos, dónde fue a parar nuestro ímpetu, nuestro atrevimiento, en qué telarañas se había quedado atrapada nuestra inocencia, el candor de la lucha, dónde nació el quiebre ético que se iba extendiendo por el universo?» (*Teoría del desencanto*, 53).

Pero en *Teoría del desencanto* hay una esperanza en la repetición cíclica del amor: Manolo puede amar de nuevo, a pesar de que ha sido abandonado por Daniela y Laura y puede terminar su novela, «me bañé, me vestí y me puse a escribir atropelladamente» (181). Su forma mecánica de escribir parodia el escribir del vanguardista, aún más cuando llama al duende de García Lorca y reconoce que no es tan importante cómo se dicen/escriben las cosas sino qué se dice: «[escribí] como si mi duende me dictara, sin reparar en nada, ni en la puntuación ni en la sintaxis ni en la forma ni en el lenguaje, recordando entre líneas lo que solía decir Raulito: ‘El lenguaje solo importa al que no tiene qué decir’» (181). Manolo, triunfa al salvarse a sí mismo —aunque no al país— al adquirir una nueva vida.

La búsqueda de Enrique queda más trunca que la de Manolo. Enrique gana en sabiduría, aprende a conocerse a sí mismo mejor y a aceptar que está so-

lo que «no espere ya nada de los otros» (355). Su primera reacción es de furia al no poder «elegir por su cuenta su destino» (355) aunque sabemos que el hecho de que la novela misma haya sido escrita es ya un triunfo y que eventualmente encontrará «el destino que se tenía merecido» (355). No sabemos cuánto durará la búsqueda de Enrique ni la nueva vida de Manolo, pero no es importante; el aquí y el ahora toman precedencia, dejando al lector en busca de una respuesta, un final definido y la promesa de utopías futuras con un sabor de lo fútil en la boca.

Ambas novelas enfatizan la importancia del presente, del conocimiento de sí mismo y de la aceptación del fracaso. Nuestros autores en el acto de escribir articulan un mensaje esperanzador, encontrando en la esfera cultural una manera de «rearticular» la ira y el desencanto de nuestros jóvenes, transformándolos en una esperanza.

Inevitablemente hemos cerrado el círculo. ¿Cuál es la herencia de este desencanto? ¿Estamos buscando respuestas acabadas porque creemos que ése es el papel de la modernidad? La necesidad de una utopía se hace patente por medio de estas narrativas incompletas, divididas entre la ira y el desencanto.¹² Si debemos aprender de este pasado reciente debemos creer en la rearticulación de no una sola respuesta o verdad, sino de un proceso de transformación continuo que requiere de todo nuestro compromiso y pluralidad.

El gran y ambicioso proyecto de los 60 fue el de universalizar la experiencia ecuatoriana. Para la izquierda el sueño estuvo centrado en un socialismo que iba a traer justicia para todos. El problema no era el sueño en sí, sino la manera de lograrlo. Es posible que finalmente podamos aceptar que la construcción de una modernidad ecuatoriana incorpora formas nuevas culturales que incluyen a todos los sectores populares. Debemos aceptar que el monismo no es una solución a la injusticia en el país y que es probable que como dice Bartra, «nos veamos forzados a vivir en un período de incoherencia» (Ferman, 49), como nuestros personajes comprueban.

Nuestra lectura de las novelas de Tinajero y Pérez Torres revela que mientras el sueño por la justicia social viva, los instrumentos para hacerlo una realidad cambian. La redención no vendrá de un proyecto único, sino más bien por medio de la articulación de la multiplicidad que caracteriza al Ecuador en un consenso democrático que incluye la heterogeneidad. ■

12. El título de la colección de ensayos de Agustín Cueva, *Entre la ira y la esperanza*, reúne sucintamente la convergencia de los sentimientos contradictorios que fueron vividos en los años 60. Mientras que la rabia y el desencanto parecen ser la consecuencia lógica de un análisis crítico de este período, la esperanza es un corolario también necesario para poder rearticular nuestra cultura nacional.

BIBLIOGRAFÍA

- Achugar, Hugo. *La biblioteca en ruinas*, Montevideo, Trilce, 1994.
- Bhabha, Homi. «Representation and the Colonial Text: A Critical Exploration of Some Forms of Mimeticism» en *The Theory of Reading*, Ed. Frank Groversmith. Brighton, Sussex, The Harvester Press Ltd., 1984: 93-122.
- Berger, Peter; Berger, Brigitte; Kellner, Hansfried. *The Homeless Mind*, Nueva York, Random House, 1973.
- Brunner, José Joaquín. «Notas sobre la modernidad y la postmodernidad en la cultura latinoamericana», *David y Goliath* (Buenos Aires) 52 (1987): 30-39.
- Calderón, Fernando. «América Latina: identidad y tiempos mixtos. O cómo tratar de pensar en la modernidad sin dejar de ser indios», *David y Goliath* (Buenos Aires) 52 (1987): 4-9.
- Castañeda, Jorge. *Utopia Unarmed. The Latin American Left After the Cold War*, Nueva York, Vintage, 1994.
- Cueva, Agustín. *Entre la ira y la esperanza*, Cuenca, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1981.
- Ferman, Claudia. *Política y postmodernidad. Hacia una lectura de la antimodernidad en Latinoamérica*, North Miami, Iberian Studies Institute, North-South Center, University of Miami, 1993.
- Frank, Joseph. *The Widening Gyre*, Rutgers, Rutgers UP, 1963.
- García Canclini, Néstor. «Cultural Reconversion» en *On Edge. The Crisis of Contemporary Latin American Culture*, Eds. George Yúdice, Jean Franco y Juan Flores, trad. Holly Staver, Minneapolis, University of Minnesota P, 1992: 29-43.
- Habermas, Jürgen. «Modernity: An Incomplete Project» en *The Anti-Aesthetic. Essays on Postmodern Culture*, Ed. Hal Foster, Seattle, Bay P, 1983: 3-15.
- Hurtado, Osvaldo. *El poder político en el Ecuador*, 4a. ed., Barcelona, Ariel, 1981.
- Hutcheon, Linda. *Narcissistic Narrative. The Metafictional Paradox*, Nueva York, Methuen, 1984.
- Lechner, Norbert. «Un desencanto llamado postmodernismo» en *Debates sobre modernismo y postmodernismo*, Quito, Nariz del Diablo, 1991: 31-55.
- Núñez, Jorge. «La cultura popular: problemas y perspectivas», *Cultura* (Quito) 5 (1979): 169-186.
- Pérez Guerrero, Alfredo. *La universidad ultrajada*, Quito, Editorial Universitaria, 1974.
- Pérez Torres, Raúl. *Teoría del desencanto*, 3a. ed., Quito, Abrapalabra, 1991.
- Tinajero, Fernando. *De la evasión al desencanto*, Quito, El Conejo, 1987.
- *El desencuentro*, Quito, Editorial Universitaria, 1976.
- Weber, Max. *Economía y sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.
- Yúdice, George. «¿Puede hablarse de postmodernismo en América Latina?», *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* (Lima) 15 (1989): 105-128.